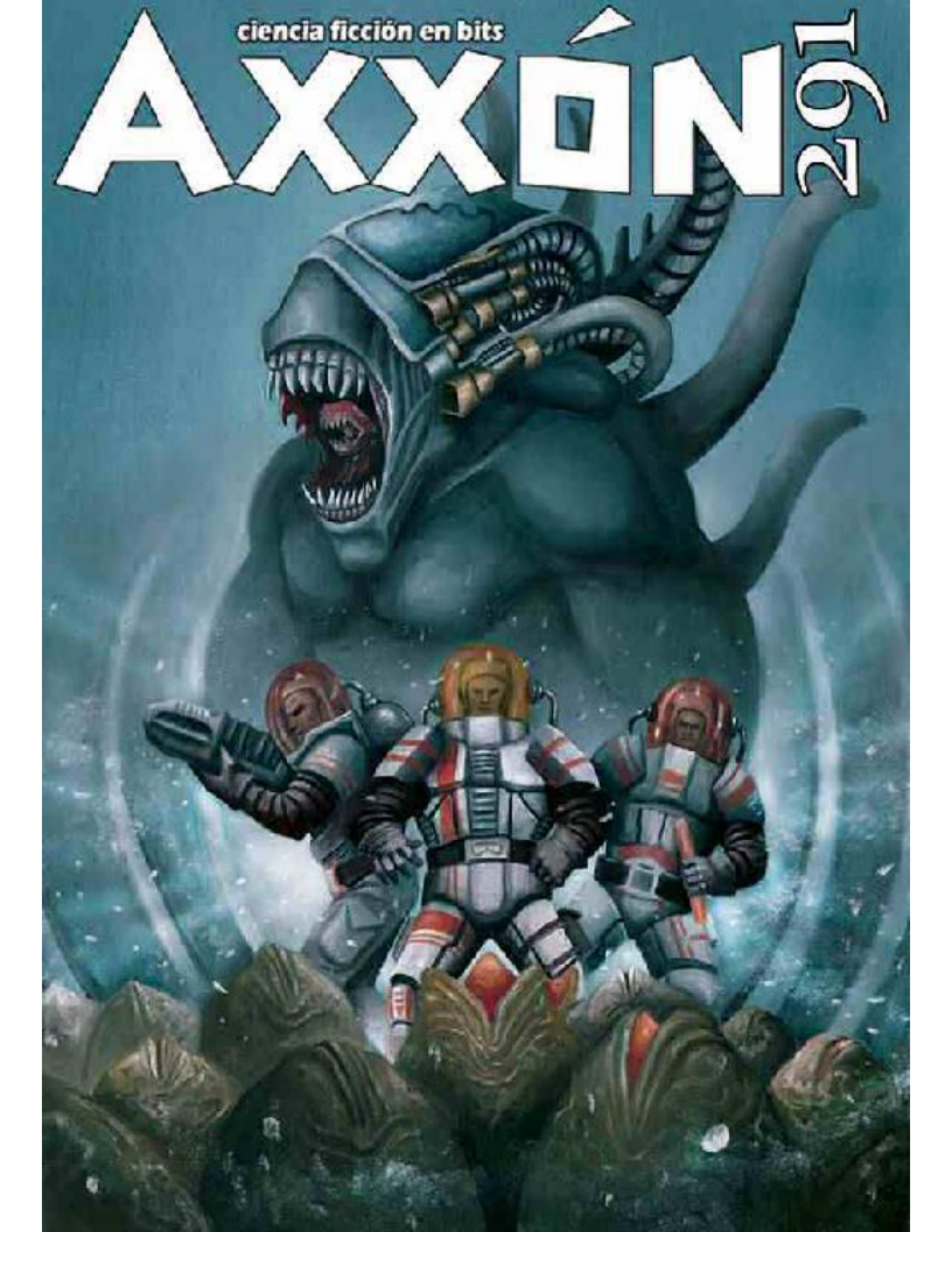

ciencia ficción en bits
AXXÓN
291

Axxón 291, octubre de 2019

Instrucción para deconstrucción

Mike Jansen

 **PAÍSES BAJOS**

> *El mundo es una obra de teatro, todos tenemos nuestro papel y todos participamos.*
>
> *—Joost van den Vondel, 1587-1679*

La joven cruza la calle helada. Sigo sus movimientos desde el asiento junto a la ventana en el bar de cocteles de Tony de la calle Elmont. Ha recibido mi mensaje y ha decidido investigar. Esto complace a mi viejo corazón. Significa que aún reconozco a los espíritus afines. Ella vacila ante la puerta. Supongo que es lógico. Después de todo, la señorita Johansson se considera sensata. ¿O quizá sólo quiere mirar en el espejo cómo tiene el pelo? Resulta que sé que es rubia natural. Y mujer… Vanidad. Sus ojos azul brillante intentan ajustarse y penetrar la semioscuridad del bar. El viejo Tony es un fanático de los paneles de roble oscuro. Le venía de familia. Su bisabuelo tenía una mansión con toscos muebles de roble, lo recuerdo bien. Ah, me encontró. O me reconoció.

—¿Es usted? —pregunta. Su voz melodiosa tiene una tonalidad sureña.



Ilustración: Pedro Bel

—Soy yo —le respondo y me levanto. Mide un metro sesenta y cinco, pero la sobrepaso con mis dos metros cinco. Ella espera que yo sea así de alto, impresionante, así que cumplo. Me inclino sobre la mesa y le ofrezco

la mano derecha. Gesto ridículo, pero aquí es la norma, para mostrarle que no llevo armas en la mano. Podría llevar un arma en el bolsillo. O podría penetrarle la laringe con los dedos rígidos. Pero esto la tranquiliza. Su mano se pierde en la mía y la estrecho con gentileza. Cuando la suelto, le ofrezco la silla frente a la mía con un gesto fluido de la misma mano.

Se sienta y yo le hago un gesto al cantinero. Es Tony hijo. Echó a su último cantinero cuando descubrió que el fulano bebía en el trabajo. Nadie bebe en el trabajo. Ni siquiera invitados por los clientes. Ahora está buscando a un reemplazante. Se desliza hacia nosotros y la señorita Johansson pide un gin-tonic, con una rodaja de limón. Cuando Tony se aleja, ella me clava esas esferas azules y me inspecciona en detalle. Es curiosa y decido que eso me gusta de ella.

—¿Ya nos conocemos? —pregunta.

—Puede ser —le concedo. Extrañaba esta parte del juego.

—No es frecuente para mí recibir notas de este tipo. ¿Cómo sabe usted que estudio lenguas muertas? —Parece realmente confundida.

Podría decirte que te sigo desde que naciste. Pero no.

—Leer sobre una lengua antigua no enseña a escribirla. —Su ceja derecha, también de un rubio blanco, se arquea delicadamente.

—Depende de cuánto haya leído uno. Como ve, soy bastante viejo. —No había forma de negarlo.

Tony se acerca, deja el vaso de ella en el centro de la mesa.

—La mayoría de las palabras y expresiones que usó parecen auténticas. Pero no pueden serlo, porque las habría escuchado. Se conoce muy poco de ese lenguaje, pero usted parece saber más sobre él que todos los eruditos que conozco, juntos. Así que ¿a qué está jugando, viejo?

Levanta el vaso, bebe un sorbo, me mira desde detrás de la rodaja de limón. Simpático detalle. Elegí bien.

—Si se lo digo, no me lo va a creer. —Así, curiosidad. Ahora ábreme tu mente.

—Pruebe de todos modos —responde con firmeza.

—Una vez viví en un oblado en la costa de lo que hoy se conoce como Líbano. Hablábamos ese lenguaje. —Tus pupilas se dilatan, tus emociones son tan claras. Intentas recomponerte. Tranquila. Tómate otro sorbo.

La señorita Johansson toma un sorbo de su gin-tonic. Luego otro. Sonríe.

—Tendría usted miles de años de edad. Es imposible.

Le devuelvo la sonrisa.

—Quizá improbable. Imposible, no. Las escrituras de esa época dicen que Matusalén y los otros vivieron hasta una edad muy avanzada, ¿no? —Ahí está, lo bastante plausible para abrir tu mente. Tus padres te criaron religiosa, tú sabes esto.

Una pareja anciana entra al bar, acompañados de una ráfaga fría. Saludan a Tony. Los anteojos de él se empañan y extrae para limpiarlos un pañuelo de bolsillo de cachemira, azul y blanco, del bolsillo de su saco. Se sientan al final de la barra. Ella pide una gaseosa. Él pide un escocés caro y le dan un bourbon barato. He visto hacer esto al viejo Tony y veo que su nieto sigue la tradición. Lo llaman "desenmascarar a los falsos expertos".

Ella mide mis palabras.

—Digamos, por decir, que siendo tan viejo habrá visto muchas cosas. La historia mientras transcurre. —Hay un fueguito en sus ojos, aliméntalo.

—He visto muchas cosas —digo, con una leve sonrisa enigmática—. Vi la caída de Jericó. Estuve en persona. —Ella asiente.

—¿En serio? ¿Y cómo consiguieron eso los israelitas? ¿Con sus grandes cuernos?

Decido imitarla y asiento vigorosamente.

—Sí, en efecto. Pero no son los cuernos que usted cree. Su tecnología estaba, en algunos aspectos, a la par con los inventos modernos. Los israelitas tenían el secreto de las armas sónicas. Y las usaron. —¿Ve? Soy inofensivo, un viejo chiflado que ha leído demasiados libros conspirativos.

Ella decide divertirse a mis expensas.

—¿Y supongo que también vio cómo construían las pirámides? ¿Y Stonehenge? ¿Y el incendio de Roma mientras Nerón componía? Y por supuesto la coronación del primer Emperador de China?

Bueno, te voy a llevar. Vas a llegar a donde tienes que llegar.

—Por supuesto que no podía estar en todas partes al mismo tiempo. Pero he visto unas cuantas cosas. —Una mentirita. He visto momentos notables. Especialmente aquellos que he planeado yo mismo. Hace mucho, mucho tiempo, era fácil. Había menos gente, eran más fáciles de manipular. Empezar con cosas pequeñas, avanzar hacia las mayores, funciona.

—¿Estoy perdiendo el tiempo? —pregunta la señorita Johansson—. La parte de su mensaje que pude descifrar decía que lo encontrara aquí, para presenciar un momento notable.

¿Aceptaste mi afirmación sobre mi antiguo linaje o ya me

desestimaste? No, estás intentando indagar más. Necesitas pruebas. Muy bien, si es necesario.

—En mi viejo pueblo había un joven llamado Chozzai. Estaba realmente dotado. Me dictó las palabras que escribí y me dijo que las dejara a la pelirroja que estudiaba su lenguaje muerto hace mucho. Hicieron falta tres mil años para encontrarla a usted. —Ahora hazme la pregunta correcta.

—Entonces, un joven llamado "profeta", si recuerdo correctamente, sabía de usted y le dio un mensaje para mí. ¿Qué le pasó? —Sus ojos se entrecierran y noto un dejo de temor. La tranquilizaré cuidadosamente y volveré a llevar su mente en la dirección correcta.

—Tenía que morir, por supuesto. Todo el mundo muere en algún momento. Prefiero no dejar a nadie vivo que conozca mi secreto, mi edad ni mis motivos. Así que tuve que hacer que lo llevaran a una tierra donde no hablara el idioma y la cultura le resultara extraña. No tengo uso para los profetas.

—Pensé que lo había hecho matar. —Pareció confundida.

—¿Le parezco un asesino? —Mi sonrisa es auténtica. Soy mucho peor que un asesino, pero la señorita Johansson no puede entender esto, el concepto le resulta ajeno.

—No, no lo parece —vacila—. Entonces, ¿cuáles eran las palabras que él quería que yo escuchara?

—"En todas las tierras del mundo Él está presente. Lo sabe todo, lo ve todo, tan viejo como las montañas, tan profundo como los océanos. Sus nombres se suspiran con reverencia o desprecio o simple temor. Él interfiere en el destino. Trata con la muerte. Su verdadero nombre es más antiguo que la memoria". Sí, el viejo y querido Chozzai tenía gran claridad, en efecto.

La señorita Johansson está intrigada.

—¿De quién está hablando?

—De mí, por supuesto —respondo, riendo.

—Vamos, todo esto lo está inventando, ¿verdad?

—¿Y qué pasa si fuera así? ¿Cómo podría saber esto? Vi cuando se rompió el brazo izquierdo, al caerse de ese cobertizo al que tenía expresamente prohibido subirse. Cuando le mintió a su madre y le dijo que se había caído de la hamaca. —Una minucia para hacerte creer. Que las piezas se acomoden en su lugar. Te veo tragar saliva, enrojeces. Escondiste esa mentirita de todos, incluso de ti misma, y la enterraste. Pero yo la

encontré.

—Si sabe tanto, ¿qué quiere? ¿Qué hago aquí?

Un poco de ira e impaciencia, bien. Y, muy importante, la mente abierta y tu atención indivisa. Sonrío con benevolencia.

—Necesito que conozca el pasado. De hecho, debería involucrarse aún más en su trabajo, en descubrir civilizaciones antiguas, aprender de ellas, averiguar cómo surgieron y, con el tiempo, cayeron.

Cruza los brazos. Niña petulante.

—¿Para qué? ¿Por qué es importante?

Es el momento de hacerla sentir importante.

—Quiero que intentes detenerme. Porque destruiré a la humanidad. Pronto.

—¿Pero cómo…? —Parpadea varias veces. —Podría gritar que quiso violarme.

Niego con la cabeza. Ella sabe que eso sería una tontería.

—Así no se juega, querida. Usted trabajará en mi contra. No estará sola. Escribirá y enseñará. Advertirá y tratará de educar a la humanidad sobre el destructor, sin que la crean chiflada.

La señorita Johansson parece confundida.

—Usted *quiere* que lo detenga. ¿Por qué no trabajar en secreto?

—No puede detenerme —respondo, con una sonrisa genuina—. Pero puede ser uno de los muchos que lo intenten y quizás, sólo quizás, descubra una pequeña oportunidad para evitar mis planes para este mundo. La estaré observando, querida.

—¿Usted es Dios? —pregunta.

—Nunca fue usted religiosa —contesto—. Los padres de usted querían que lo fuera, pero siempre fue demasiado inquisitiva. Usted quería pruebas. —Me detengo significativamente unos instantes. —No soy su dios ni ningún otro. Ni soy su contraparte. Pero admito que son grandes inventos. Más destructivos que cualquiera de los míos.

Niega con la cabeza.

—Entonces, ¿quién… *qué* es usted?

—Tan viejo como las montañas, más profundo que los océanos.

Abro los ojos por primera vez y la dejo que mire en las oscuras profundidades sin tiempo. Luego parpadeo y mis ojos vuelven a la

normalidad. Me levanto, le hago una levísima reverencia a la señorita Johansson y la dejo sentada a su mesa, confusa y llena de preguntas. Luego me voy del bar de Tony. Volveré a ver a Tony. O a su hijo. O a su nieto. Y todavía estarán atendiendo en el bar de Tony. Es lo que conocen. Hasta que todo termine.



Ilustración: Pedro Bel

Mientras tanto tengo influir sobre ciertas personas, escribir tramas, establecer escenarios y poner en movimiento sucesos para que en unos años, o décadas o siglos, todo se desmorone. Definitivamente. La humanidad ha avanzado mucho y yo la he dejado. El desafío es demasiado interesante y necesito siempre más. Así que me dirijo a mis siguientes citas. Primero está la Cafetería de Julie, en la calle Fairbanks, para iluminar a algunos chicos sobre las maravillas de la física nuclear. Luego una visita a Cambridge para hablar de economía y enseñar codicia. Tanto que hacer, y todo el tiempo del mundo.

Los que me conocen me llaman Entrometido. Qué poco saben. Pero aún así, me conocen. Así que jugaré el juego. Los dejaré crecer y evolucionar e innovar, rápido. Mientras tanto cosecharé las semillas de su destrucción. Un poco de conocimiento puede ser peligroso. Que hagan borrón y cuenta nueva, como han hecho antes tantas veces. Volverán a perder y yo ganaré. La proxima vez mi desafío será aún más grande… quizá interestelar.

Mike Jansen nació y vive en los Países Bajos, y ha publicado textos de variada extensión en antologías y varias revistas en su país natal y en Bélgica, incluyendo *Cerberus*, *Manifesto Bravado*, *Wonderwaan*, *Ator Mondis* y *Babel-SF*, y antologías publicadas por Verschijnsel: *Ragnarok* y *Zwarte Zielen* (*“Almas negras”*), entre otras.

Se domicilia en la ciudad de Hilversum, cerca de Amsterdam. Ha

ganado los premios King Kong a mejor nuevo autor y mejor autor en 1991 y 1992 respectivamente, así como una mención de honor por un trabajo presentado para la competencia de lanzamiento de la revista australiana Altair en 1998.

Otras publicaciones suyas pueden encontrarse en http://www.meznir.info.

La maldición de Larry

Milenko Karzulovic

CHILE

En mi niñez, la mañana del primer domingo de todo mes, el abuelo Angus acostumbraba llevarnos, a mis hermanos, mis primos y a mí, al zoológico metropolitano. Allí paseábamos entre jaulas y rugidos, arrojábamos frutas y vegetales a los animales y, en ocasiones especiales, el patriarca nos permitía comprar helados de agua, que lanzábamos a los osos polares. Se trataba de paletas costeadas por nosotros, con nuestra escasa y cuidada mesada, no por el anciano, aunque éste se beneficiaba cobrando un refrigerio para sí. En aquellas visitas no hubo ni una sola oportunidad en que no marcháramos cerro abajo durante el trayecto de regreso y, en cada una de esas caminatas, el patriarca nos deleitó con una historia desbordante de terror y misterio. Solía darse de la siguiente forma: uno de los nietos apuntaba a una vieja residencia incrustada en la perspectiva, por lo general derruida y abandonada, y preguntaba *¿Quién vive en esa casa tan fea?,* a lo que el veterano exhalaba un gran *Aaah,* con su voz ronca y fuerte, y añadía, con su fuerte acento escocés, un digno comienzo; algo como: *Ese era el hogar de… La mano;* o *Ahí se ocultaba el Conde Christopher;* o *En esa casa vivía el ogro que mantenía prisionera a su abuela, hasta que yo la rescaté y… mmm, quizás si lo visito ahora y le pido disculpas, la acepte de regreso.*

En una de estas bajadas, mi prima Selena inquirió acerca de una hermosa casa, sobresaliente sobre una de las laderas del monte. La contestación consistió en un *Aaah, la morada de Larry, el licántropo,* frase pronunciada con un tono tan débil y temeroso, que logró nuestra completa atención; en especial la mía, pues nunca olvidé esa leyenda. El abuelo, ante nuestras miradas, miró hacia su derecha y luego a su izquierda, comprobando que nadie se hallara cerca, agachó su cabeza y nos murmuró.



Ilustración: Pedro Bel

—Lo que les voy a narrar a continuación no deberán compartirlo con nadie más, pues ocurrió hace pocos años y los hombres lobo siempre saben cuándo alguien habla de ellos. Por su propio bien, deberán guardar el secreto hasta…

El veterano detuvo la oración, consiguiendo que uno de mis primos, muy temeroso, expusiera la duda que todos profesábamos.

—¿Hasta que muramos?

—Así es —dijo, en tanto se enderezaba y sacaba su pequeño saco de tabaco del bolsillo derecho de su chaleco—. O hasta que contraigan matrimonio —añadió, mientras comenzaba a rellenar su pipa. Nosotros observábamos en silencio aquel ritual, más que por lo general predecesor de alguna de sus historias. Una vez lanzadas las primeras argollas de humo, y ya impregnados del característico y personal aroma de la mezcla de tabacos del abuelo, éste arrojó la primera frase de otra de sus leyendas.

—Esto aconteció pocos años atrás, en una soleada y hermosa mañana, en la que…

Larry despertó plácido, con la creciente luz del sol acariciando su rostro, envuelto entre las sábanas de algodón y las cuerdas de *Las cuatro estaciones*, procedente de su radio, sincronizada para despertarlo de tal forma todos los días. El descanso había sido reparador y, ya sin rastros de sueño, aún mantenía sus ojos cerrados; para deleite del instante. Sara, su cónyuge, muy tierna a su lado, acarició los pies de su pareja con los propios, se estiró y… ¡sucedió! Lo habitual en cada celestial madrugada en casa de los Talbot, tras una noche de luna llena.

—¡Larry! ¿De nuevo te acostaste con los pies ensangrentados?

La mujer lanzó la queja, sentándose con un salto sobre la cama y golpeando con fuerza el hombro de su marido. Y extendiendo los lamentos.

—¿Qué acaso no te dije anoche, antes de que salieras, que no te metieras a la cama en cuanto regresaras?, ¿Que esperaras el amanecer? ¿Tú

piensas que lavar la sangre de las sábanas y del piso es cosa fácil? ¿O muy agradable?

Más que la manotada en su brazo, el varón sintió la aguda y punzante voz atravesarle la cabeza, lo que le hizo reaccionar de manera casi instintiva; piel erizada, mirada de cazador dispuesto, dientes a la vista, entre los que sobresalían dos colmillos con rastros de sangre, y el comienzo de un gruñido que acabó en un…

—Pero conejita, sólo son unas manchitas. Debe ser fácil limpiarlas.

Tal comentario fue lo peor que pudo ocurrírsele. Con ello su consorte tuvo la oportunidad de espetarle la oración con la cual, desde hacía diez años, le daba a entender lo torpe que a menudo parecía.

—¡Já! ¿Qué crees tú?

Siempre que Larry proponía una solución o acotación, ya fuese pertinente o no, respecto a un problema, Sara cruzaba los brazos y le contestaba de la misma forma: un *¡Já!* y un *¿Qué crees tú?,* a los que él jamás alcanzaba a contestar. Por lo menos, no en forma adecuada o completa.

—Bueno conejita, yo creo que…

Un almohadazo en la cabeza cortó la frase. Y otro agudo chillido hecho perorata inhibió cualquier vislumbre de continuar el discurso de defensa.

—¡Y acaba con eso de *conejita*! Diles eso a las alimañas y los borrachos a los que atacas, cada vez que se te ocurre salir aullando y corriendo como idiota. Porque créeme…

Larry entrecerraba los ojos ante la penetrante voz, que no cesaba.

—…yo no voy a desperdiciar mi vida aquí, limpiando la suciedad que vas esparciendo desde la entrada hasta la cama, ni las porquerías que traes como recuerdo.

La mujer complementaba sus dichos negando con la cabeza y mirando hacia arriba.

—Sólo Dios sabe que inmundicia habrás dejado anoche en casa; ¿Un brazo? ¿Una pantorrilla? ¿Otra oreja con pendiente de malaquita, para que haga juego con la que ya tenemos?

Como buen licántropo, Larry era la mayor parte del tiempo un homo sapiens. Ergo, de manera constante repetía ciertos errores. Cabizbajo y jugueteando con sus dedos, le susurró a su pareja.

—Pero Sarita, ¿en realidad piensas que es para tanto?

Y la característica contestación, con cruce de brazos incluido, volvió a escucharse.

—¡Já! ¿Qué crees tú?

El pobre individuo fue bombardeado por una batería de palabras a gran velocidad y, ante el ataque, sólo atinó a guardar silencio y cubrir su cabeza con la almohada, aminorando el volumen de la voz de conejita; lo más parecido a un flautín jubilado y muy desafinado, en su tesitura más alta e interpretado por un sordo aquejado de Parkinson. Al poco rato la dama, que se mantenía sentada en el lecho nupcial y con los brazos cruzados, cambió a la técnica que solía venir luego de las críticas y quejas; el sollozo.

—¿Es que acaso no podemos disfrutar de una romántica velada con luna llena, sin este resultado? Todas las mañanas posteriores a una hermosa noche de plenilunio, lo mismo; charcos de sangre, miembros amputados, manchas por todas partes y ropa desgarrada que yo ¡no tú, sino yo! debo reparar. Creo que…

Larry no soltaba el cojín que protegía sus oídos, pese a que su esposa, ya de pie, comenzaba a asear la cama, retirando las frazadas. Por supuesto, manteniendo siempre a flote su alocución y cambiando, de la técnica del sollozo, a la queja pura.

—Bueno, por lo menos ya no eres tan desubicado como para traer una pierna con portaligas. Porque una cosa es abordar perros, gatos y vagabundos, y otra muy distinta es comerte una callejera.

Conejita empezó a retirar las sábanas de la cama, provocando la caída de su marido y su posterior lugar en el suelo; con un puño bajo el mentón, cual *Pensador* de Rodin. Con la otra mano continuaba aferrando el almohadón, tapándose una oreja. La realización del aseo no era impedimento alguno para el desenvolvimiento de la recalcitrante lengua de su compañera.

—Puedo comprender lo de los asesinatos; por exceso de energía, doble o triple personalidad, influencia del rock satánico y el cine fantástico, infancia traumática, frustración vocacional y profesional o lo que quieras. Sin embargo, no voy a aceptar la excusa de la licantropía para que te metas con prostitutas. ¡Y sácate ese cojín de la cabeza, para que me escuches de una buena vez¡

La última frase había sido chirriada con fuerza y con el ya tradicional palmetazo en la espalda de su consorte.

El sujeto, que como siempre aparentaba escuchar, meditaba toda su extraña y bastante poco común existencia. Durante tal ejercicio su ceja

derecha se alzaba, como si dispusiese de vida propia, y los dientes se mostraban en perfectas hileras, sólo sobresaltadas por dos colmillos esquinados. La aguda voz no terminaba de rebotar en la habitación, cuando un único, y casi inaudible balbuceo, brotó de los labios de Larry: *Esta maldición debe acabar. ¡Debe acabar!*

La tarde de ese sábado Larry se encontraba en el living de su nido matrimonial, en plena faena de un típico fin de semana; con su delantal azul, un paño húmedo en una mano y una lata de limpia muebles en la otra, deambulando entre el sofá (con Sara sentada sobre éste), los sillones y la mesa de centro. Ya casi acababa (la cocina y las habitaciones se hallaban impecables y el césped cortado), por lo que consideró sería un buen momento para anunciar que saldría. Su pareja, todavía ubicada en el diván, hablaba por teléfono con su hermana. El hombre se plantó frente a ella, jugando con sus dedos y esperando a que advirtiera su presencia, lo que ocurrió al cabo de algunos minutos, cuando Sara pidió a su pariente que esperase un poco y, tapando el auricular, se dirigió a su cónyuge. Con su característica voz de silbato y la confianza y cariño que sólo se consiguen con muchos años de matrimonio.

—¿Quieres algo? ¿Por qué te paras ahí como idiota?

El hombre, sin abandonar el jugueteo con sus dedos, habló con un tono suave.

—Conejita, creo que anoche regresé sin uno de mis zapatos, así es que saldré a ver si puedo encontrarlo por ahí. ¿Quieres que antes te lleve donde tu hermana?

Ella lo miró, levantó su mano del receptor y despidió a su hermana, recordándole que más tarde le iría a ver. Colgó, volvió a dirigir la mirada sobre su marido y le contestó:

—¡Já! ¿Qué crees tú?

—Bueno, yo pensé que…

Sin abandonar el sofá, y con los brazos cruzados, la dueña de la voz aflautada no desperdició la oportunidad.

—¿Qué pensaste? ¿Qué yo me iría caminando hasta el otro lado de la ciudad? A veces creo que tu desagradable patología te carcome el cerebro, por eso es que no se te ocurren las cosas más simples y lógicas que…

A pesar de que los clamores se esparcían por la habitación, Larry, consciente de haber conseguido su objetivo, hojeaba el directorio telefónico que, de manera previa y estratégica, había colocado sobre la mesa del comedor. Desde este sitio, y sin quitar los ojos de la guía, dialogaba.

—Mmmm, tienes razón, conejita.

Y *conejita*, viendo que los lamentos no provocaban suficiente dolor (como en los viejos buenos tiempos), intentaba con las odiosas comparaciones.

—¡Já! Apuesto a que si mis amigas estuviesen en mi situación, ellas ya te habrían dado cuatro o cinco tiros con balas de plata.

—Mmmm, claro, querida.

Sin apartarse del libro de direcciones, el marido mantenía el formato de sus respuestas, por lo que su compañera, viendo que no producía la atención necesaria en su pareja, volvió al sollozo.

—Pero yo, la estúpida, siempre dejándome llevar por mi corazón de oro. Y por el apego que, reconozco no debiera, te he tomado en estos años.

Mientras hablaba, Sara se aferraba a una cajita de pañuelos y su esposo traspasaba algunos datos a una pequeña libreta negra. Y lanzaba, casi de manera automática y sin mirarla, frases simples y condescendientes.

—Mmmm, yo también te quiero conejita.

Ya erguida y a sólo un paso de su compañero, la esposa cambió de técnica una vez más; del llanto al enfado.

—Mi madre tenía razón, debí aceptar a Hannibal. A pesar de terminar sus días en la cámara de gas, por lo menos sí se hizo famoso. Y se preocupó de dejar en una muy buena posición económica a esa estúpida de Clarisa.

Por el contrario, Larry dialogaba conservándose fiel a su único, breve y conciso estilo.

—Mmmm, claro, tu pretendiente. El psiquiatra. Buen muchacho.

Otra cajita de pañuelos y algunas anotaciones más tarde, ambos se dispusieron a salir.

Habiendo encauzado a Sara hasta el domicilio de su cuñada, Larry inició la búsqueda de las direcciones registradas. Dentro de una amplia gama de ofertas del directorio examinado, optó por tres candidatas para lo que, él consideraba, podía ser la única ayuda a su maldición: una auténtica zíngara bruja.

La primera se anunciaba a sí misma como *Madame Channel,* lo que demostraba una innegable tendencia hacia el glamour, aunque, más que por el nombre en sí, fue el apartado que la indicaba como *gitana experta en quiromancia y otras artes*, lo que llamó la atención del buscador.

Arribó a la dirección mostrada en el anuncio a eso de las cinco, encontrándose en un barrio de clase media, en una casa ídem y, tocado el

timbre, con una anfitriona de iguales características. Si no hubiese sido por el aviso, jamás habría imaginado que ése era el entorno de una de las pocas expertas que, según su propia teoría, podría auxiliarle a extirpar la maldición que arrastraba; una verdadera descendiente de gitanas y hechiceras, cuyos conocimientos de las artes oscuras proviniesen de miles de relatos heredados entre susurros y fogatas; una mujer con nociones milenarias y cuyas raíces sólo podían provenir del corazón de la supersticiosa Europa central y, las más primigenias, del hermético Egipto.

Al abrirse la puerta, el recién llegado saludó.

—Buenas tardes, ¿Madame Chanel?

—La misma. Adelante, está usted en su casa.

—Gracias.

La madame, de unos cincuenta años no muy bien conservados y un notorio cabello mal teñido de rubio, lo recibió con una mueca colmada de dientes. Ya habiendo accedido, Larry quiso confirmar si la anfitriona era en realidad lo que él buscaba.

—Antes que nada, quisiera saber si es usted una verdadera zíngara bruja, tal como lo anuncia en su aviso publicitario.

Y ella, sin perder un átomo de su contorsión dental, le confirmó.

—Pues… sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que… Yo necesito una gitana bruja.

Siempre sonriendo, la referida corroboró su naturaleza.

—Yo lo soy.

Larry le miró de arriba abajo y esbozó una leve sonrisa.

—Puede ser, sin embargo, su ropa es burguesa y tradicional.

—Porque trato de asimilar la cultura en la cual vivo, ya que…

Sin permitirle que acabase la frase, el dubitativo cliente le lanzó otra observación.

—Y su hablar no revela ningún acento romaní.

Escuchado este punto, la señalada carraspeó, llevándose la mano a su boca y excusándose, con un notorio, y novedoso, acento gitano.

—Disculpe, lo que sucede es que no me he sentido bien de la garganta, y eso afecta un poco mi voz. ¿Gusta una bebida?

—Sí, gracias.

Larry, no muy convencido por las contestaciones recibidas y el

repentino y notorio cambio de acento, accedió al living, en donde tomó asiento. El lugar se exponía en total desorden; muebles antiguos y en mal estado, con manchas de cien comidas y otras tantas batallas infantiles; trozos de juguetes y revistas abiertas por doquier; ceniceros repletos de cenizas y colillas en cada esquina y una mesa de comedor con notorio declive y llena de trastos sucios.

La autoproclamada pitonisa, mientras preparaba unas bebidas, le hablaba acerca de sus poderes como adivina, mas el escenario, y la apariencia de la supuesta hechicera, no convencían para nada a Larry. De hecho, la mediocre entonación romaní y las burdas explicaciones habían terminado de convencerle que no se trataba de una verdadera zíngara. La dueña de casa ingresó desde la cocina con una bandeja en sus manos, sobre la cual descansaban dos vasos, no muy limpios, desbordantes de jugo artificial. De manera intempestiva fueron interrumpidos por un grupo de niños pequeños, los que se entrometieron en el lugar, jugando y persiguiéndose unos a otros. *Madame Channel* reaccionó, gritando y correteándoles.

—¡Salgan de aquí! ¿Cuántas veces debo repetirles que este no es sitio para jugar? Hablaré con tu padre Juan. Y con el tuyo Enrique. Ah, y con el tuyo Julieta.

La mujer, guiando a los infantes hacia fuera y luciendo su gesto facial habitual, se explicaba.

—Son mis hijos, discúlpelos usted.

El invitado no pudo evitar el comentario ad hoc y una consulta.

—Veo que le atrae la variedad de genes. Dígame, Madame Channel, ¿le duele la garganta?

—¿La garganta? Bueno, no. ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque su acento acaba de desaparecer; una vez más.

Con el rostro petrificado, la anfitriona se mantuvo en total silencio por cinco segundos, luego de los cuales comenzó a toser y a pedir disculpas por la carraspera. Eso fue ya demasiado para el hombre, quien, colocándose de pie, se enfiló hacia la puerta de salida. Una sorprendida Madame consultó por lo obvio y la contestación no se hizo esperar.

—¿Se marcha usted?

—Así es. Creo que por ahora no necesito de sus servicios. No deseo hacerla perder su tiempo, como tampoco el mío.



Ilustración: Pedro Bel

Contrario a lo sumiso que solía manifestarse con *Conejita*, Larry era un personaje de mucho carácter y decisión en su diario vivir; fuera de la biósfera matrimonial, claro está. Quizás por ser un licántropo afloraba en él una doble personalidad; o quizás resultaba ser el primer representante de una nueva especie, formada por entes que, en luna llena y fuera de su hábitat marital, depredaban de manera salvaje e insensible, pero en su ambiente más íntimo se revelaban como mansos corderos. Un licányuge. O lobo esposo. Como fuera, se dirigió a la puerta y, ya ahí, escuchó a su espalda la voz de la sonriente zíngara.

—Bueno, siendo así sólo le cobraré la tarifa mínima.

La primera reacción del hombre fue de sorpresa, seguida de una molestia reflejada en su rostro. De improviso sonrió, sacó su billetera del bolsillo trasero del pantalón y comenzó a extraer algunos billetes.

—Muy bien. No tengo problema en cancelarle, sin embargo quisiera dejar establecida otra cita con usted, para una futura oportunidad. Le pagaré el doble, siempre y cuando acepte que sea en un horario particular; en noche de luna llena. Ah, y que no haya niños presentes ni terceras personas.

Madame Channel, con la eterna sonrisa a flor de labios y cierta coquetería, no se hizo de rogar.

—No hay problema. Lo apuntaré en mi agenda.

Larry levantó su ceja derecha, la miró directo a los ojos, con tal fiereza contenida que la observada no pudo evitar el escalofrío recorriendo su cuerpo, y concluyó:

—Y yo lo anotaré en la mía.

Atravesó la puerta y se retiró.

La segunda postulante al cargo de gitana bruja vivía en un departamento, también bastante burgués, y respondía al nombre de *Electra Minerva.* Al llegar fue recibido por una joven de unos veinte años, de

hermoso rostro y piel pálida como la leche, que contrastaba con un cabello negro azabache y liso, con un corte tipo Cleopatra, delgada y de bonita estructura y vestida con pantalones y blusa negros. La damisela le instó a pasar y Larry accedió, encontrándose en una sala de estar repleta de velas de diversos tamaños y colores, pequeñas pirámides y figuras de Buda, cuadros de ángeles y querubines, varios inciensos destilando un aroma muy fuerte y desagradable, y una televisión encendida. La muchacha invitó al recién llegado a tomar asiento, relatarle el motivo de su visita y charlar un poco.

—Bueno, es difícil de explicar: yo no soy un hombre común y silvestre y…

—Eso lo veo. Eres bastante atractivo y tienes un rostro con mucho carisma.

La chica le había interrumpido, al tiempo que encendía un cigarrillo y le observaba. El acaloramiento fue inevitable en Larry, quien, a sus cuarenta y cinco años, continuaba luciendo como un tipo de buen ver ante las miradas femeninas; alto, hasta el metro ochenta y tres, atlético y de espalda amplia, de cabello oscuro y en gran cantidad, además de ojos oscuros y penetrantes, y sobre éstos, quizás lo más característico de su faz, dos gruesos arcos por cejas. De todas formas, el comentario le había agradado; hacía bastantes años que no recibía halago similar. Y menos aún de una atractiva joven.

—Gracias por el cumplido. Como te decía, en cierta forma no soy muy normal y eso me ha traído consecuencias en mi vida familiar. Yo…

Larry se detuvo un instante, pensando si continuar o no con la confesión. Miró a la joven que le observaba con atención y se decidió.

—Arrastro conmigo una maldición y…

Electra Minerva le impidió acabar la oración.

—Para problemas familiares debes darte todos los días un baño, con agua en la cual hayas hervido planta de ruda, mezclada con pétalos de rozas azules. Esto debe hacerse en las noches de plenilunio, rezando el padre nuestro y repitiéndolo hasta que te seques. Ah, también debes tener encendida una vela calipso, que yo te puedo vender y…

Mientras más se explayaba la muchacha, más se convencía Larry de que ella no era lo que buscaba. Por lo menos, no como escapatoria a su maldición. Decidió retirarse y, levantándose de su asiento, extendió una disculpa.

—Te agradezco la explicación, pero no sirvo para seguir indicaciones

diarias, de ningún tipo. Si me dices cuanto te debo, yo te…

—No te preocupes. No cobro por medias consultas; y menos a tipos interesantes y decididos como tú.

Muchos habían sido los inviernos transcurridos, desde la última vez que una atractiva mujer se le anunciara de una forma tan directa, por lo que Larry tuvo una reacción más instintiva que racional, y propia del género; mostrando una amplia sonrisa, una ceja levantada (en esta ocasión inspiradora de confianza, no de temor), y un disfrazado interés. Muy mal disimulado.

—Gracias. Y… ¿podrías darme tu número? Para llamarte, por si cambio de opinión y decido seguir tus consejos.

Y fiel a su género, la joven cambió de manera intempestiva hacia la indiferencia.

—Mi teléfono está en el mismo aviso que viste para llegar aquí.

Sorprendido, Larry creyó que podía haber sido malinterpretado. Sonrió y especificó:

—Me refería a tu número privado.

—Ese no se lo doy a los clientes.

El hombre, manteniendo la sonrisa y la ceja arriba, más por un acto reflejo que por felicidad, comenzó a dirigirse hacia la salida. Lo hacía con la faz congelada en la mueca descrita y mascullando. Entonces escuchó la voz de su no tan eficiente, aunque guapa adivina, la que, como buena representante de su especie y una vez más en forma repentina, había vuelto al notorio interés.

—En todo caso, si lo que quieres es llamarme, no como cliente, sino más bien para invitarme a salir, te lo doy.

El varón dio media vuelta y, con igual gesto en su faz, aunque esta vez proyectando gran dicha, registró en un papel los codiciados dígitos. Finalizada la anotación se despidió, para inmediato encaminarse hacia la tercera y última pitonisa, pues esa noche también habría luna llena; la última de ese mes. Debía darse prisa.

Atardecía, cuando Larry llegó a la dirección especificada en el recorte publicitario que portaba. En esta ocasión se trataba de un gran terreno baldío, sobre el cual descansaban varias casas rodantes. Se acercó a aquella que mostraba el número indicado en el aviso, empujado por un fuerte viento que empezaba a arreciar y, antes de que tocase a la puerta, ésta fue abierta por una mujer de unos cincuenta y cinco años, muy delgada y de

rostro anguloso, con los ojos más celestes que hubiese visto en su vida y vestida a la usanza gitana: una falda y blusa muy holgadas y coloridas, un pañuelo de un rojo escarlata sobre su cabeza y otros tantos, de diversos tonos, atados a sus brazos y cuello, además de una gran cantidad de collares y pulseras, en su mayoría, con monedas tintineando. Con la seña de una mano, la zíngara le indicó que entrara al pequeño lugar; con la otra fumaba un cigarrillo sin filtro. El espacio interior resultaba muy reducido, repleto de prendas diseminadas, cofres de diversos tamaños, adornos y pósters de Sandro en las paredes y ningún mueble o sitio libre de alguna colilla o resto de cigarrillo.

Larry hizo caso y, ya adentro, fue invitado, una vez más con gestos, a que tomara asiento sobre un taburete, frente a la anfitriona que dejaba escapar una tos propia de un gran vicioso; por lo menos dos cajetillas diarias. Al tiempo que trataba de recuperarse, la vidente —la más cercana al ideal de gitana bruja de las vistas ese día—, le hizo nuevos ademanes a Larry con sus manos, quien comprendió; le pedía extenderse sobre el motivo de su visita, por lo que comenzó a hablar.

—No soy un tipo normal y eso…

Antes de que el visitante pudiese completar la oración, la mujer le interrumpió, con una voz carrasposa y oscura y con un notorio, y auténtico, acento romaní.

—Claro que no eres normal paisani. Tú eres un descendiente del pentagrama místico. Tú eres…

La gitana interrumpió la frase y, mirándolo fijamente a los ojos, hizo un movimiento circular con su mano izquierda frente a su cara y, luego de murmurar algo en un lenguaje desconocido para el hombre, terminó la oración.

—¡Un hombre lobo!

La acotación dejó helado y boquiabierto a Larry; se hallaba ante una verdadera gitana bruja. Por fin, frente a la única persona, quizás en todo el orbe, capaz de ayudarle.

—¿Cómo es posible que…

La vidente, sin retirar el cigarrillo de su boca y con una nube de humo encapuchando su rostro, tomó la mano de Larry y la volteó, dejando la palma hacia arriba.

—Oye paisani, tienes dibujado en tu mano izquierda una estrella de cinco puntas, con dos de ellas hacia arriba; el pentagrama místico.

—Bah, yo estaba seguro de que era una marca de familia —dijo Larry,

mirando su extremidad—. ¿Así es que esta manchita se llama crucigrama mágico?

Negando con la cabeza y elevando la vista, la mujer le aferró ambas manos.

—Pentagrama místico, paisani idiota; pentagrama místico. Además, los dedos índices de tus manos son más largos que los medios.

Una sonrisa se dibujó en la faz del hombre.

—Esto es increíble. Lo de los dedos siempre lo consideré una bendición; para nada una maldición.

La gitana volvió a toser y a llevarse una mano a la boca y Larry alzó una ceja y extendió su sonrisa.

—Usted sabe; en el aspecto sexual, siempre es bienvenida cualquier ayuda.

Ante el comentario, su anfitriona entrecerró los ojos, negó con la cabeza y desgranó algo de la sabiduría que sólo se adquiere a través de décadas de experiencia; femenina, no gitana.

—Todos los machos están malditos. No importa si son hombres lobo o no.

Y volvió a lo suyo.

—Pero lo más importante…

La pausa realizada por la zíngara congeló el instante. Durante el silencio encendió otro cigarrillo sin filtro y prosiguió.

—El hedor a maldición te precede paisani. Lo arrastras en tu sombra, en tus pasos, en tus huellas; como los lobos salvajes que tiran de la muerte en los inviernos.

Larry se hallaba extasiado y ansioso; por fin alguien podría dar término a su eterno castigo. Las palabras escapaban ávidas de su boca, en un progresivo volumen.

—Dime, gitana bruja, ¿cómo puedo acabar con la condenación que me acosa? ¡Dímelo! ¡¿Cómo?!

Y la zíngara, imperturbable y con la seriedad como única mueca en su rostro —y la humareda a su alrededor—, le contestó.

—Debes buscar en tu corazón, sólo ahí encontrarás la respuesta y…

De manera sorpresiva la mujer dejó de hablar y lentamente empezó a girar la cabeza y a desviar la mirada hacia arriba y a su izquierda; una enorme y plateada luna llena, rodeada de nubes oscuras en movimiento, se

apreciaba tras una ventana abierta. Larry también alzó su cabeza por un instante, para observar la misma escena, y luego de unos segundos ambos se miraron, en completa mudez. Ni ella ni él *renunciaron a mirarse directo a los ojos* por un breve lapso, durante el cual *el ambiente se percibió saturado de electricidad y frío. De súbito, ella retomó la palabra.*

—Busca paisani.

La puerta del remolque se abrió súbitamente y una fuerte corriente de aire tibio ingresó, arrastrando con ella algunos trozos de diarios viejos y algo de polvo. La mujer repitió con más fuerza.

—¡Busca paisani! ¡Busca!

A cada dicho de la gitana el viento parecía intensificarse, a la vez que Larry mostraba mayor tensión; de su cuerpo brotaban estertores, desde los pies hasta la cabeza, que aumentaban en intensidad, en tanto la zíngara repetía ya entre gritos.

—¡Busca paisani!

La estructura de Larry Talbot no cesaba de sufrir violentas convulsiones; el sudor bajaba por sus mejillas, alcanzando los dientes, tan apretados que un fino hilo de sangre caía de los labios al mentón; su cuello se exhibía abultado por incontables venas a punto de estallar; sus manos, agarrotadas y trémulas, no cesaban de transpirar copiosamente. Repentinamente, se escuchó un enérgico y final chillido.

—¡¡Busca!!

Con el último grito de la zíngara pareció que Larry explotaría. Sin embargo, en vez de eso cerró sus ojos, detuvo el movimiento de su cuerpo y bajó la mirada. Sólo entonces el silencio y la tranquilidad se impusieron, incluso el rebelde y poderoso viento desapareció. La gitana, en absoluta calma, observó, encendió un cigarrillo, apagó los restos del anterior y esperó. Hasta que el sujeto en cuestión alzó la cabeza y, con la vista más allá de todo, habló. De manera suave, tan seguro y tranquilo como quizás nunca lo había estado en toda su vida.

—Lo encontré. Escudriñé en mi interior; mi conciencia, mi alma, mi corazón.

Entonces desvió la mirada hacia la gitana bruja y sonrió.

—Y encontré la respuesta.

La mujer lanzó una bocanada de humo, asintió con la cabeza y posó su mano en el hombro de Larry.

—Paisani, ¿tarjeta o efectivo?

La noche siguiente Larry se hallaba en el comedor de su casa, preparándose a partir el pastel de carne que reposaba sobre la adornada y romántica mesa; vajilla de plata, las servilletas con dibujos renacentistas de la tía Rebeca y copas de cristal de Bohemia. Todo iluminado, con la tenue luz que irradiaban tres hermosas velas calipso. Al enterrar el cuchillo sobre la masa, ésta se abrió con suavidad, dejando escapar un aroma exquisito. El hogareño chef acercó su rostro al platillo, inhaló con la lentitud propia del que sabe disfrutar y sonrió. Parecía perfecto, y por lo tanto, digno de ser compartido con su bienamada.

—Conejita, ven a sentarte. Te va a encantar.

A la mesa se arrimó la hermosa joven vestida de negro. Larry le colocó la silla y ella se sentó.

—Mmm, huele delicioso —le dijo, en tanto se acomodaba—. A todo esto, por lo contento que te ves, parece que lograste romper el conjuro que te perseguía.

—Así es —contestó Larry, el tiempo que le servía una porción del humeante pastel—. De hecho, eso es lo que celebramos.

La joven aproximó el plato recién servido a su nariz.

—Y este aromático platillo, y que se ve tan apetitoso, ¿cómo se llama?

—No lo sé —le contestó Larry, en tanto se servía una enorme ración.

—¿Qué te parece *Maldición al horno*? —dijo ella, mientras llevaba un bocado a la boca.

—Creo que mejor lo bautizaré…

Larry se detuvo por un instante y levantó la vista, como si buscase una buena respuesta, hasta que sonrió y volvió la mirada a la joven.

—Lo bautizaré *Pastel de Sara*.

Electra Minerva llevó un dedo con salsa a su boca y, luego de probar la comida, volvió hacia él.

—¿Crees que sea el nombre más adecuado?

El hombre, quien acababa de descorchar una botella de champagne, levantó la cabeza, alzó la ceja derecha y proyectó una mueca tan sincera como cruel.

—¡Já! ¿Qué crees tú?

Milenko Karzulovic nació en Santiago de Chile en 1965, y fue primero músico, luego académico y posteriormente escritor y creador audiovisual. Actualmente, un poco de todo eso, pero con énfasis en la escritura: la fantástica, con toques de ironía y muchos halagos y referencias al cine de

antaño.

Entre el 2009 y el 2015 escribió y dirigió dos cortometrajes, autoeditó y publicó dos novelas y un texto de teoría musical (El Libro de las Escalas), y, nos cuenta, "casi conseguí no quedar en quiebra. Luego de un par de años oscuros —incluidos la venta del otro riñón y un patético regreso a la prostitución—, publiqué en 2018 una novela de terror gótico, con una editorial española (Ediciones Camelot América). La obra se llama *El Barón de Pest, Libro Primero de Los Padres de la Luna Llena*, y se encuentra en librerías de México y Argentina (no así en Chile, curiosamente, mi propio país)".

Inteligencia artificial que escribe ficciones

Campo Ricardo Burgos López

 **COLOMBIA**

Para tratar el tema de máquinas que escriben ficciones o mejor, de inteligencia artificial (IA) que escribe ficciones, lo haremos en tres momentos. En el primero de ellos mencionaremos algunos antecedentes y algunos hechos que ya están sucediendo al respecto; en el segundo haremos algunas consideraciones respecto a las implicaciones que esos eventos que hoy están ocurriendo y que ocurrirán, tendrían en el mundo del arte. Para cerrar, enunciaremos brevemente una teoría de Hood que arrojará una visión inesperada acerca del problema.

Antecedentes

Entre 1940 y 1960 (fechas aproximadas), en el mundo científico comienza a pensarse - afirma Hayles- que, dado que el hombre es una entidad que procesa información, en último término es similar a las máquinas que también procesan información (1999, p. 6-8). Matemáticos como Turing conciben a la mente humana como una máquina física; en la década de 1930, Turing aún creía que en la mente humana había algo no mecánico y no computable (Hodges, 1998, p. 47), pero ya en la década de 1940 había abandonado esa idea. Para ese entonces, Turing asevera que unas máquinas suficientemente complejas no sólo evolucionarían y serían capaces de hacer cosas que no estaban explícitas en sus instrucciones o programación, sino que también podrían tener intuiciones, es decir, que podrían ser creativas (p. 48). Asimismo, concluye que una máquina podría imitar el efecto de cualquier actividad de la mente (p. 58), que podría aprender, auto-organizarse y automodificarse (p. 58). A fines de la década de 1940, Turing estaba seguro de que las máquinas serían capaces de hacer cualquier cosa hecha por un humano (p. 69), que incluso podrían tener “momentos de una

inspiración capaz de transformar el mundo" (p. 70). Dice él: "Podemos esperar que una máquina finalmente compita con los hombres en todos los campos puramente intelectuales" (p. 72). Y acepta que puede haber máquinas que en ocasiones sean incapaces de dar una respuesta (p. 77), máquinas que sean inteligentes y que, sin embargo, igual que los humanos, de vez en cuando fallen o no lo hagan tan bien (p. 77).



Ilustración: Pedro Bel

En medio de este ambiente que permea al mundo académico es que podemos rastrear lo que algunos llaman "la prehistoria de la poesía digital" (Nepote, 2015, parr. 5). En 1959, Theo Lutz, un matemático alemán, trabajó con una computadora de la época mezclando junto con los algoritmos del caso, fragmentos de lenguaje extraídos de una obra de Franz Kafka. La Zuse Z22, que así se llamaba la máquina, "construyó relaciones lingüísticas de acuerdo a los datos que tenía y arrojó frases que no habían sido imaginadas ni por Kafka, ni por Lutz y que pueden leerse, sí, literariamente" (Nepote, 2015, párr.4). A los curiosos versos, así obtenidos, Lutz los denominó "Textos estocásticos", pues se obtenían a partir de variaciones aleatorias con el lenguaje.

Tras estos experimentos iniciales, en las siguientes décadas vinieron otros, pero sólo quisiéramos mencionar algunos que son importantes. A fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI, Pérez y Pérez junto a Sharples desarrollan un modelo de proceso creativo en computadora, que fue la base para que apareciera "MEXICA" , un programa que escribe cuentos acerca de los Mexicas o los antiguos habitantes del Valle de México (Pérez y Pérez et al, 2011). Según menciona Martínez (2008), tras la generación de estas historias, se llevó a cabo una encuesta por internet para comparar las narraciones artificiales con otros relatos escritos por humanos y se encontró que los lectores puntuaron mejor los cuentos de

MEXICA en aspectos como coherencia, estructura, contenido, suspenso y calidad general.

Luego, en el año 2008, una editorial rusa anunció el lanzamiento de una novela escrita por un programa informático llamado PC Writer 2008. La novela sucedía en una isla misteriosa y estaba ambientada en nuestra época, y para ello los creadores del software introdujeron materiales inspirados en la Ana Karenina de Tolstoi. Según se dijo, la obra había sido auxiliada por humanos en algunos puntos, y aunque los críticos literarios guardaron sus reservas, los editores no dudaron en señalar las ventajas que tenía el nuevo sistema creativo: los costos de edición se reducían y el editor ya no enfrentaba ciertos problemas que acaecen con los escritores de carne y hueso como los retrasos en entregas de material o la falta de inspiración que a veces afecta al creador humano (Martínez, 2008). Por decirlo así, el programa artificial siempre estaba inspirado y, seguramente, no habría que pagarle derechos de autor a un humano (¿o se le pagarían a los ingenieros que desarrollaron el software?).

Más tarde, en el 2016, nos enteramos de que una ingeniera de software llamada Karmel Allison, lanza "CuratedAI", un blog que contiene una revista literaria dedicada a poemas y prosas generadas por programas de IA y donde no se admiten creaciones de bardos de carne y hueso (Leavy, 2016). Eso sí, los humanos en esta revista aun llevan a cabo tareas de edición sobre el material literario creado por las máquinas, pero en la misma página (http://curatedai.com) se nos advierte que intentan intervenir lo menos que sea posible. El lema de la publicación es "Una revista escrita por máquinas, para personas" (Aguilera, 2016), los distintos programas creadores son alimentados con textos de algún escritor famoso como León Tolstoi o Jane Austen y, asevera Aguilera, con este tipo de programación es muy factible pensar que en el futuro, cuando un autor humano muera, se puedan generar textos literarios similares o idénticos a los que él mismo creaba cuando estaba vivo. Por curiosidad hemos entrado a la página respectiva y hemos leído algunos de los poemas y prosas que allí se ofrecen ¿Nuestra impresión? La mayoría de textos son combinaciones aleatorias de palabras sin una línea narrativa clara y coherente, pero en medio de ese fárrago de vocablos, ocasionalmente emergen algunos versos sugerentes. En alguna parte se dice que "white is red" ("blanco es rojo"), en otra que "the flowers grow blue down"("las flores crecen

azul abajo”), en otra que “beer wife cat killing children” (“cerveza esposa gato matando niños”). Como se verá, la mayoría de poemas son sentencias oscuras, incongruentes y contradictorias, salpicadas con fugaces versos curiosos y comprensibles, pero si recordamos que hoy en día, la mayoría de poemarios publicados por humanos, también pueden ser descritos con esas mismas características, resulta que los poemas maquinales no son muy distintos de la mayoría de insípidos versos que suelen ofrecer la mayoría de libros humanos en el género. En CuratedAI no hay ningún Neruda o ningún Borges, pero hay que reconocer que la máquina no lo hace peor de lo que lo hace la “clase media poética” de los libros de hoy, que solo se limita a la combinatoria azarosa de palabras.

En ese mismo 2016, hay que recordar también que una novela escrita en su mayoría por un programa de IA con un poco de ayuda humana en algunos aspectos, consigue pasar la primera ronda clasificatoria en una competición literaria nacional del Japón (Haridy, 2016). Titulado, no sin ironía, “El día que un computador escribe una novela” (“The Day A Computer Writes A Novel”), este metarrelato se armó haciendo que los supervisores humanos dirigieran la trama y la elaboración de los personajes mientras que la IA generaba las oraciones efectivas del texto (Haridy, 2016).

Por lo demás, la IA que escribe literatura se enmarca dentro de un propósito mayor de la cultura que es el de la IA que hace arte. En ese sentido, los experimentos comienzan a abundar más y más. Rich Haridy (2016) nos recuerda que en el 2016, no sólo apareció la novela que ya mencionamos, sino que la IA ya ha generado un guión para un programa de TV, un guión para el trailer de una película (”Morgan”) y un guion (coescrito con ayuda humana) para un film de terror (“Impossible Things”). También este 2016 ha visto a la IA escribiendo el guion de un cortometraje (“Sunspring”), una canción pop (“Daddy´s Car), diversas pinturas y hasta un villancico que produjo un equipo de la Universidad de Toronto (Haridy, 2016). Como ya anotamos, en varias oportunidades estos programas de IA no crean las obras sin ayuda, sino que requieren el auxilio humano en algunos puntos, asimismo, las creaciones más bien son incoherentes, simplonas y derivativas, y es claro que la IA lo hace mejor desarrollando piezas musicales o pinturas, que elaborando ficciones. Las narraciones coherentes aún son el talón de Aquiles de la IA artista, pero no sería una locura suponer que con el tiempo irá mejorando. Finalicemos esta sección recordando una sentencia de

la novela japonesa que ya hemos mencionado, que en uno de sus apartes asevera de modo quizá profético e inquietante: “El día que un computador escribió una novela, el computador antepuso su propio deleite y ya no trabajó más para los humanos”(Haridy, 2016. La traducción del inglés es mía).

Implicaciones

A partir de este brevísimo panorama que hemos esbozado sobre el estado actual de la literatura y el arte desarrollados por la IA, quisiéramos plantear algunas inquietudes.

1. De acuerdo con las referencias que hemos mencionado, como las de Haridy o Leavy, es obvio que la IA que crea literatura y arte, aún se encuentra en sus comienzos, esa es la razón por la cual todavía genera obras más bien convencionales y predecibles. En los campos plástico y musical, donde no es necesario seguir argumentos coherentes y es posible explorar más la forma (de colores o sonidos) que el contenido, los resultados son más extraños y destacables. En la narrativa, donde hay que apegarse más a un guión o estructura argumental, los resultados aún no son nada del otro mundo. Pero casos como los de MEXICA, PC Writer 2008 o la novela japonesa señalada, nos hacen pensar que no es descabellado que en este aspecto se mejore mucho en el futuro. Por decirlo así, la IA literaria y artista –para usar la imagen de Turing- aún es como un bebé que está haciendo sus pinitos, es factible que si aguardamos lo suficiente, ese bebé pasado un tiempo se torne en un niño, un adolescente y un adulto, y así consiga hacer literatura y arte adultos.
2. El esencialismo es una perspectiva filosófica y cultural, según la cual, la especie humana es un caso único e irrepetible en la historia del mundo y del universo, supuestamente en el humano hay una “esencia” que le permite acceder a actividades como el arte, la ciencia o la religión, y por eso ninguna otra criatura puede incursionar en tales esferas. Pues bien, el desarrollo de las últimas décadas en el campo de la IA, contradice esta perspectiva ¿En verdad la literatura y el arte solo pueden ser producidos por cerebros humanos? ¿Qué implicaciones tiene que Allison en su “CuratedAI” nos

proponga que, conocidas las técnicas y el vocabulario de un escritor, es posible seguir creando obras de ese escritor, incluso cuando el cuerpo de ese escritor haya muerto? ¿Se pueden crear obras borgianas sin Borges? ¿Obras de Doris Lessing sin Doris Lessing? ¿Textos de Ernesto Cardenal sin un cerebro de Ernesto Cardenal? Incluso se puede ir más allá, quizá en el futuro la IA se dedicará a crear artefactos de lenguaje que no estén hechos para consumo humano ¿Eso es lo que ya previó Borges en "La Biblioteca de Babel" cuando menciona textos brutalmente inhumanos que sin embargo poseían un significado inalcanzable para nuestra mente? La IA no tiene que vivir siempre para darle placer al *homo sapiens*, quizá en el futuro las máquinas inventarán obras para su propia diversión, no para la diversión humana. La pregunta entonces es si una mente humana como la actual estaría en capacidad de apreciar esa belleza u originalidad creada por un cerebro no humano o si, de plano, esa clase de arte sería absolutamente impenetrable para nosotros.

3. Un corolario a la observación anterior. Si de verdad algún día se puede algoritmizar la forma en la cual creaba arte un escritor o un artista, llegaríamos a un escenario futuro en el cual todo escritor o artista podría ser copiable, clonable, reproducible. Shakespeare no habría muerto hace siglos, sino que estaría con los humanos en los siglos XXII y XXIII y XXIV y hasta que la especie se extinguiera. La IA abre así una singular e inesperada forma de inmortalidad que antes a nadie se le había pasado por la cabeza.
4. Explica Geraci (2006), que en el campo de la IA existen dos escuelas: La norteamericana y la japonesa. La primera apunta a desarrollar IA descorporizada, es decir, máquinas que procesen información sin necesidad de soportes biológicos. La mirada norteamericana es hija de Moravec, quien imaginaba que algún día sería posible descargar completamente un cerebro humano en una base cualquiera: biológica , de silicio o de lo que fuera. Esta IA tendría vida virtual independientemente del soporte físico pues, "el cuerpo humano se considera irrelevante para el auténtico ser humano" (Geraci, 2006, p. 233). En contraste, la escuela japonesa es más dada al robot humanoide, el científico nipón es más proclive a crear IA que imite la forma humana, IA que no solo pueda reproducir la actividad cerebral humana sino

que recuerde también la configuración física del hombre. ¿Por qué este rasgo japonés? Porque en la cosmovisión oriental- sigue Geraci- el cuerpo humano sí es relevante para el auténtico ser humano. Weizenbaum ya ha anotado que una mente sin cuerpo, sin la intuición de una mente inconsciente y sin la construcción cultural de una vida humana, ya no tendría preocupaciones humanas (p. 233), una pura información sin cuerpo no pensaría igual que una información asociada a un cuerpo. ¿Un humano sin su cuerpo, seguiría siendo humano? Por millones de años, el arte y la literatura del hombre se han nutrido de los típicos problemas que se derivan de tener un soporte físico para la inteligencia, de los hechos de que comemos, dormimos, deseamos tener sexo, necesitamos desplazarnos, nos enfermamos, nos angustiamos y nos morimos. Pero una IA sin cuerpo carecería de estas eventualidades, así pues ¿de qué escribiría? Es muy factible que una inteligencia asociada a un soporte diferente a un cuerpo biológico, haría un arte y una literatura que, desde ese punto de vista, resultaría ilegible para un humano. Una IA con un soporte muy diferente a los actualmente conocidos y que estuviera dedicada todo el tiempo a la búsqueda del conocimiento por el conocimiento, probablemente tendría que ver poco o nada con una vida humana, y ya desde allí seguramente sería muy ingenuo pensar que podrían interesarle el arte y la literatura en los términos que hoy consideramos humanos.

5. Como complemento del ítem anterior, quisiera traer a colación una sentencia pertinente de Ernesto Sábato. Decía el argentino que “los dioses no escriben novelas”, es decir, que la literatura y el arte se nutren de las circunstancias típicas de la condición humana como son sufrir, sentir ansiedad, amor, odio, envidia, soledad; literatura y arte se hacen porque necesitamos encontrar sentido al universo y porque todos –por lo menos hasta ahora- en un momento u otro nos morimos. La mortalidad y el sufrimiento son los materiales a partir de los cuales se crean literatura y arte. Pues bien, si la IA al modo norteamericano algún día llegara a ser realidad, es obvio que esa inteligencia ni sufrirá ni se morirá, entonces ¿para qué va a escribir novelas o hacer arte? Dada esta situación, en ese futuro podríamos encontrar tres escenarios:
    a. Una IA tan impensablemente poshumana que

simplemente dejaría de hacer literatura y arte, pues ya no le resultarían indispensables. Esa IA que sería el equivalente a un dios, en vez de hacer literatura y arte, directamente crearía universos para ejecutar ciertos experimentos. Parafraseando a Sábato, diríamos que los dioses no escriben novelas, sino que directamente crean universos. Quizá, como ya lo ha anotado Nick Bostrom (https://nickbostrom.com/), nuestro propio universo no es sino una simulación gigante corriendo sobre un computador inimaginablemente avanzado, un producto de una de esas inteligencias artificiales inhumanas.

b. Una IA que todavía hace literatura y arte, pero lo hace sin ingredientes humanos; diríamos que esa IA hace un "posarte" y una "posliteratura" que seguramente sería imposible ya no solo de comprender, sino tan siquiera de detectar para una mente humana como la actual.

c. Todos hemos jugado con un perrito mascota. Por ejemplo, le lanzamos un hueso plástico muy lejos y el perrito corre y nos lo trae, luego le volvemos a lanzar el huesito y el perrito vuelve y nos lo trae, y así sucesivamente. Es un juego que quizá para el animalito tenga unas connotaciones insospechadas y sublimes, pero para el humano no pasa de ser un entretenimiento trivial, así le expresamos cariño al animalito, pero de ninguna manera compararíamos ese jueguito a una gran novela o a una excepcional sinfonía. Quizá, esa sería nuestra situación futura respecto de la IA. La IA del futuro ya estará muy lejos de nosotros, pero puede que aún sienta hacia nosotros un afecto análogo al que se siente por una mascota, más o menos el mismo afecto que los *homo sapiens* de la actualidad sentimos por el australopithecus que nos antecedió hace millones de años. Quizá esa IA jugará a ratos con nosotros y nos escribirá algunas novelas y nos compondrá sinfonías para entretenernos, pero para ella misma, producirá otro tipo de materiales a los cuales no podríamos tener acceso por más que deseáramos.

6. Pero también podría suceder que en el futuro encontremos la IA incardinada en un cuerpo al estilo japonés. Quizá por el mero hecho de que esos robots humanoides tendrán un

soporte físico, padecerán avatares muy similares a los nuestros y entonces ese tipo de IA escribirá una literatura y producirá un arte con muchos puntos de contacto en común con la literatura y el arte humanos. Esa producción estética será distinta y sin embargo tendrá elementos de intersección con lo que tradicionalmente han sido el arte y la literatura humanos.

7. La literatura y el arte humanos surgen de la capacidad de soñar y delirar propias de nuestro cerebro. Así pues, para que la IA pueda hacer literatura y arte, es necesario asegurarse de que ella también pueda soñar y delirar. Puede parecer absurdo imaginar un robot que sueña o una máquina que delira y sin embargo, esa es una condición desde la cual surge la obra artística en humanos, y que por ello sería necesario replicar en máquinas y robots. ¿O tal vez no sería necesario? Un interrogante que se me ocurre al margen: Si la psicosis humana se caracteriza por un delirio constante que el sujeto se torna incapaz de diferenciar de la realidad, ¿algún día correremos el riesgo de que una máquina o un programa enloquezcan y asuman sus delirios y sueños como eventos reales?
8. Dice Mejía Rivera (2001) que la filosofía de hoy ha aceptado que es incapaz de responder de manera definitiva a la pregunta de qué es el hombre, que ella acepta “que el hombre no posee una esencia fija ni está determinado por una verdad única” (p. 38), y que a pesar de ello no dejará de preguntarse sobre el asunto. Filosofar es el preguntarse sobre lo humano, “incluso cuando lo humano se transforme en algo que ya no sea humano para nosotros”(p. 38). Lo típicamente humano sería el hecho de no poder parar de preguntar, de siempre estar en la búsqueda del sentido del mundo. ¿Y a qué viene esta breve digresión? A que, como agrega Mejía Rivera, si una IA continúa preguntándose por el sentido de su quehacer y del universo, allí persiste lo humano inclusive si su cuerpo tiene una apariencia completamente distinta a la nuestra hoy. Una IA que mantuviera la pregunta por el significado de la existencia, no sólo sería filósofa, sino también escritora. Si, además de lo anterior, tuviera conciencia ética y supiera experimentar piedad –como anota Metzler (2006) - estaríamos ante algo humano; algo humano –añadiríamos nosotros- que por tal razón tendría todas las potencialidades para crear arte

al menos afín a las grandes inquietudes tradicionales del hombre.

9. Si -como también señala Mejía Rivera (2001) - el proyecto moderno lleva necesariamente a la sustitución del hombre por algo que ya no es humano (lo poshumano), para el mundo del arte esto entrañaría que el proyecto moderno lleva necesariamente a la sustitución del arte, tal como lo conocemos, o, por lo menos, a la mayor mutación de su historia. Si el hombre es así la primera especie del mundo en buscar consciente o inconscientemente su propia disolución, el hombre sería también quien busca (sabiéndolo o no) la disolución de su propio arte.

Un hecho que altera la perspectiva

Para concluir esta reflexión sobre el asunto, quisiéramos traer a colación la mirada de Hood respecto al problema de la mente humana, pues ella altera drásticamente la visión acerca del punto que venimos discutiendo.

De acuerdo con este psicólogo británico (Hood, 2009, p. 127-135), desde que el humano es un bebé, está programado para prestar más atención a lo que tenga la forma de una cara, pues ese rasgo es fundamental para su supervivencia (le permite detectar prioritariamente a papá y mamá). Empero, esta característica que es útil, tiene un curioso efecto secundario. Desde pequeños, nuestro cerebro tiende a ver caras y semblantes humanos en muchos más lugares de donde realmente están (por eso vemos caras en las nubes, en las grietas de las paredes o en cualquier configuración similar sobre cualquier superficie en el mundo). Este sesgo de nuestra cognición es una de las razones por las cuales en algún momento de la infancia acabamos pensando que estamos rodeados de seres ocultos en el mundo; el animismo infantil (que se expresa de muchas otras formas aparte del ejemplo de las caras), ocasiona que los niños atribuyan intenciones y propósitos, y por ende mentes detrás de esas intenciones y propósitos, a muchos objetos que no las tienen.

En general, el ser humano evolucionó para leer intenciones y propósitos en otros seres vivos, pues eso ayudaba a poder comer y no ser comido. Empero, ese diseño cerebral, tiene la consecuencia

inesperada de que la especie a menudo atribuye intenciones y propósitos (y por ende, mentes) a cosas que no las tienen. Este modo de procesar información y razonar es una de las causas de nuestra creencia en lo sobrenatural (Hood, 2009, p. 135-141).

Por otra parte, esta forma de razonar tiene otro efecto cuando el sujeto se piensa a sí mismo. Al hacerlo, cualquier humano se concibe a sí mismo mediante la misma metáfora que aplica a los demás. Si yo tengo intenciones y propósitos, es que también tengo una mente inmaterial dentro de la máquina material que puedo percibir (mi cuerpo). De este modo, el hombre termina experimentándose a sí mismo, como una suerte de fantasma inmaterial (la mente) controlando un cuerpo material. El problema surge cuando la ciencia nos contradice. El discurso neurológico, médico y psicológico, lo que revela es que la mente es una ilusión creada por el cerebro, justo al revés de cómo imaginamos el asunto. “Si herimos, quitamos, estimulamos, exploramos, desactivamos, drogamos o simplemente golpeamos el cerebro, la mente se altera” (Hood, 2009, p. 146). Cuando en neurocirugía se estimula el cerebro directamente, los pacientes sienten movimientos, sensaciones o recuerdos, saborean o huelen cosas, emerge de estas experiencias la conclusión de que “la vida mental es producto del cerebro físico” (Hood, 2009, p. 146). Los pacientes que han perdido piernas o brazos, a menudo siguen sintiendo el miembro que falta, experimentan picazón y cosquillas en un miembro que no está. Es obvio que “el cerebro crea tanto la mente como el cuerpo que experimentamos. Algo físico crea el mundo mental que habitamos” (p. 147). El cerebro crea las ilusiones de que tenemos un cuerpo, de que la mente puede existir sin el cuerpo, de que tenemos un yo o un libre albedrío. Paradójicamente, somos autómatas biológicos que han desarrollado la sensación de no ser autómatas. Paradójicamente suponemos que la mente controla lo físico, cuando es lo físico lo que controla la mente. Creemos que las decisiones individuales anteceden a nuestras acciones, pero las mediciones de actividad cerebral mientras alguien toma una decisión, revelan que en el momento en que el sujeto siente que ha tomado una decisión, esa sensación sucede realmente después de que el cerebro ya ha comenzado a actuar en cierta dirección; es decir, el momento en que creemos haber tomado una decisión sucede realmente después de que el cerebro ya está actuando (p. 145). Sentir nuestra voluntad consciente sólo es el modo en que nuestro cerebro justifica lo que

ya ha decidido hacer (p. 146). La mente, el yo o el alma, solo es el modo en que construimos unas historias que le den sentido a decisiones que ya han sido tomadas. La mente se siente el piloto al mando del cuerpo, cuando en verdad es un subordinado del cerebro, la mente (el yo o el alma) es una ilusión generada por nuestro cerebro para que parezca que quien toma decisiones no es nuestro cerebro (Hood, 2009, p.143-156).



Ilustración: Pedro Bel

Si consideramos lo explicado por Hood acerca de la compleja relación mente-cuerpo y mente-cerebro, y lo aplicamos a nuestro asunto de IA creando literatura y arte, llegamos a una conclusión perturbadora. ¿Por qué preguntarse si algún día la IA, las máquinas o los robots crearán literatura y arte, si de hecho los humanos somos unos autómatas conscientes que hace milenios creamos literatura y arte? Es decir, la respuesta la hemos tenido ante nuestras narices hace milenios: cualquier humano no es otra cosa que un autómata, máquina o robot que crea literatura y arte. Más bien , lo que deberíamos preguntar es si nosotros (robots, máquinas o autómatas biológicos y conscientes) podemos producir otros autómatas (la IA) que inventen arte y literatura. Últimamente, al pensar en el asunto de este ensayo, recuerdo mucho la clásica película *Blade Runner*, dirigida por Ridley Scott en 1982. Allí se jugaba mucho con la turbadora escena en que unos autómatas o replicantes descubrían asombrados que no eran humanos, sino autómatas. Pues bien, eso mismo es lo que la ciencia le está ofreciendo hoy al hombre, pero a escala global. Si Dios existe, es bien probable que al morir todos descubramos que sólo éramos robots o autómatas con sustrato biológico. La inquietante escena repetida una y otra vez en *Blade Runner*, no sólo es el presente al que hoy asistimos, sino que es muy factible que sea también nuestro futuro, incluso nuestro cielo.

Referencias

Aguilera, L. (2016, 7 de agosto). Curated AI, la primera revista escrita completamente por máquinas. *Actualidad Literatura.* Recuperado el 21 de febrero de 2018, en https://www.actualidadliteratura.com/curated-ai-la-primera-revista-escrita-completamente-maquinas/

CuratedAI. Recuperado el 21 de febrero de 2018 en http://curatedai.com/

Geraci, R. (2006). Spiritual Robots: Religion and Our Scientific View of the Natural World. *Theology and Science.* 4, (3), 229-246. Recuperado el 21 de febrero de 2018, en https://www.academia.edu/439216/Spiritual_Robots_Religion_and_Our_Scientific_View_of_the_Natural_World

Haridy, R. (2016, December 12th). 2016: The year AI got creative. *New Atlas.* Recuperado el 21 de febrero de 2018, en https://newatlas.com/ai-art-film-writing-review/46891/

Hayles, N. K. (1999). *How we became posthuman. Virtual bodies in cybernetics, literature and informatics.* United States of America: The University of Chicago Press.

Hodges, A. (1998). *Turing.* (Bernardo Recamán, Trad.). Bogotá: Editorial Norma.

Hood, B. (2009). *Sobrenatural. Por qué creemos en lo increíble.* (Olga Martín Maldonado, Trad.). Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Leavy, T. (2016, July 27). Artificial Intelligences Are Writing Poetry For A New Online Literary Magazine. *Popular Science.* Recuperado el 21 de febrero de 2018, en https://www.popsci.com/ai-poetry-literary-magazine

Martínez, Y. (2008). Sale a la luz la primera novela escrita por un ordenador. *Tendencias21.* Recuperado el 21 de febrero de 2018, en https://www.tendencias21.net/Sale-a-la-luz-la-primera-novela-escrita-por-un-ordenador_a2020.html

Mejía Rivera, O. (2001). *De clones, ciborgs y sirenas.* Manizales: Editorial Universidad de Caldas.

Metzler, T. (2006). Viewing Assignment of Moral Status to

Service Robots from the Theological Ethics of Paul Tillich: Some Hard Questions. *www.aaai.org*. Recuperado el 21 de febrero de 2018 en https://www.aaai.org/Papers/Workshops/2007/WS-07-07/WS07-07-004.pdf

Nepote, M. (2015, 4 de noviembre). Máquinas del lenguaje. *Letras Libres.* Recuperado el 21 de febrero de 2018, en http://www.letraslibres.com/mexico/maquinas-del-lenguaje

Nick Bostrom`s Home Page. Recuperado el 21 de febrero de 2018, en https://nickbostrom.com/

Pérez y Pérez, R. et al. (2011). Mexica-impro: ideas para desarrollar un modelo computacional de improvisación. *Ciencia Ergo Sum*, 18, (1), 35-42. Recuperado el 21 de febrero de 2018, en http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10416528004

Carlos Ricardo Burgos López nació en Bogotá. Es psicólogo y magíster en literatura. Obras suyas en el campo de la ficción son: *Libro que contiene tres miradas* (poesía, 1994), *José Antonio Ramírez y un zapato* (novela, 2003), *El clon de Borges* (novela, 2010) y *Planeta Homo* (novela, 2017). En el área crítica ha publicado *Antología del cuento fantástico colombiano* (2007), *Pintarle bigote a la Mona Lisa: las ucronías* (2009), *Otros seres y otros mundos: Estudios en literatura fantástica* (2012), *Introducción al estudio del diablo (2013)* y "Notas para una historia de la literatura fantástica colombiana (1997-2015)". En la actualidad es profesor de la Escuela de Filosofía y Humanidades de la Universidad Sergio Arboleda de Bogotá y trabaja en la edición del libro "Transhumanismo y Cultura".

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ HABÍA MUERTO (nº 160), SPECULUM (nº 217), EL SUPERHÉROE SE HA AHORCADO (nº 279); en Ensayo: ESCARBANDO EN PHILIP K. DICK (nº 159)

Espejos

Adrián Des Champs

ARGENTINA

—A veces siento que mi vida es un delirio y que el pasado es más real que el presente. Pero el pasado sólo lo siento real cuando lo sueño, no cuando lo recuerdo, ¿entendés? Trato de explicarme: cuando intento recordar los momentos antes del accidente, las imágenes se me pierden en una neblina mental; en cambio, cuando las sueño son tan nítidas que me asustan, los colores brillan, intensos como los de una pintura, un hiperrealismo que me encandila pero al mismo tiempo me trae paz, me relaja, me da seguridad. Y despierto es al revés: me siento un muerto en vida, como un sonámbulo que camina al costado del mundo. El presente lo siento gris, apagado, estéril, y mis días son todos iguales: me levanto, desayuno, salgo a trabajar, ceno y después me voy a dormir. Una rutina que me aburre, sí, pero también me da estabilidad. El trabajo en la oficina es repetitivo y automático, ni siquiera pienso, tan solo me encargo de hacerlo y el tiempo pasa rápido. Cuando me doy cuenta, ya estoy otra vez en casa y el día se me fue de las manos como un puñado de arena. Así pasaron semanas, meses, años, una existencia líquida que se va por el fregadero.

Rubén camina por la calle cabizbajo mientras reflexiona sobre lo que acaba de decir. En toda la sesión el psicólogo lo miró raro. «No dijo nada en toda hora, no sé para qué le pago». El camino que recorre todos los días es una prisión, pero también un refugio. Y en el fondo le hace bien hablar con alguien, una catarsis que lo alivia unas horas. Repasa lo que dijo en sesión:



Ilustración: Pedro Bel

Siempre sueño con dos momentos. Por un lado, los años antes del accidente, los que pasé con mi mujer. Por el otro, el momento del choque. Ayer soñé que estaba en el auto con ella: primero la veía sonreír, y un segundo después ella agonizaba mientras nos sacaban del auto. Fue horrible. Fue a partir de ese momento que mi realidad se derrumbó. Pasaron cuatro años, pero siento como si hubiera sido ayer. El tiempo para mí se volvió algo relativo, discontinuo, abstracto. Vos debés creer que tengo estrés post traumático. Y sí, puede ser, pero ya tomo algo para la depresión.

Por la Avenida Corrientes, las luces y el sonido del tránsito le resultan lejanos. El frío del invierno lo adormece y lo obliga a presionar las gruesas vestimentas contra la piel.

Al llegar al edificio, abre la puerta y entra resignado. Como vive en el primer piso considera que no vale la pena esperar el ascensor. Sube por las escaleras y entra al apartamento, un espacio reducido con una cama, una mesita de luz y la modesta biblioteca; a la izquierda la pequeña cocina y junto a ella el baño.

Recuerda haber salido a la mañana, pero las imágenes del día se vuelven borrosas. Se sirve un Fernet en un vaso de vidrio opaco y luego se sienta en la cama. El cuerpo le pesa. Rendido ante el agotamiento se recuesta, los ojos se le cierran, y de pronto un calor que emerge de su estómago comienza a subir hacia el pecho. Es algo intolerable, parece una quemadura, y no deja de subir a la garganta, un hormigueo cruel le produce una tos carraspera, y cuando le llega siente que se ahoga. Los ojos se le llenan de lágrimas pero no puede abrirlos, y ni siquiera gritar, siente el cuerpo paralizado, y comienza a dominarlo la desesperación.

Despierta bañado en sudor, y ahora el calor del ambiente lo sofoca. Tarda unos segundos en darse cuenta de donde está. Recuerda que el aire acondicionado se descompuso. La humedad lo incomoda, pero al menos la angustia se disipa y al recordar el sueño comienza a reír. Analía, su mujer, siente curiosidad al saber que él se sobresaltó en medio de la noche, y Rubén siente la obligación de explicarse:

—Es una estupidez. Soñé que vivía solo en un departamento por la zona de Abasto. Vos habías muerto en un accidente hacía cuatro años. Todo era gris… creo que yo trabajaba en una oficina pero no estoy seguro. Sí, me acuerdo bien del apartamento, un monoambiente, imaginate…

Ella sonríe con picardía y no puede evitar preguntarle si había otra mujer, a lo que él responde que no con cierto fastidio.

—Solo recuerdo que veía a un terapeuta, creo que era un tipo al que vi

en el congreso hace un mes, el de la conferencia sobre los hábitos. Mi subconsciente debe haberlo registrado; quizás sea una señal y deba ver a un psicólogo. ¿Qué pensás?

Ella lo besa con dulzura, luego duermen otra hora más antes que suene la alarma. Ambos se levantan y preparan el desayuno: unos deliciosos huevos con jamón, cereal con leche y frutas. Camino al trabajo, Rubén todavía se alegra de haber despertado de la pesadilla.

Al llegar al colegio los alumnos de tercer año lo esperan ansiosos, eso lo motiva. A diferencia de sus colegas él ama su trabajo; según él lo ve, el acto de enseñar es algo poderoso, el motivo por el que se levanta cada día. Rubén sabe conectar con sus alumnos, conoce sus sufrimientos, sabe que para ellos no ha sido fácil.

Al entrar al aula encuentra a dos de sus alumnos en plena pelea. De inmediato se les acerca al tiempo que retira de su saco una tarjeta amarilla que les muestra con una actitud severa. Los estudiantes se detienen y lo hacen porque lo respetan mucho. Rubén es para ellos mucho más que una figura de autoridad, es alguien que está ahí, alguien a quien le importa lo que a ellos les pueda pasar.

—El jueves llegué y los encontré a las piñas. Los otros docentes no saben cómo manejar estas situaciones, ni locos se meten, sólo esperan que se tranquilicen y listo. Hace poco un colega se metió y ligó una trompada, así que imaginate. Como mucho llaman a un preceptor que tampoco hace nada. Yo les saqué la tarjeta amarilla y se calmaron. ¿Si no qué hago? ¿Decirles que la violencia es mala? Si la violencia es su forma de hacerse respetar… ¿Y te acordás de Mariela? Está embarazada. El rector la trató de irresponsable, dice que lo hace para cobrar un plan social. Es un infeliz, ¿qué sabe? Ella quiere ser madre para tener un propósito en la vida, y a mí me gustaría que no dejara el colegio pero lo veo difícil.

Analía, que siempre fue buena oyente, lo escucha con cariño y admiración. Ella y Rubén disfrutan de unos mates en el Parque Centenario bajo la sombra de los árboles, donde la brisa veraniega compensa el calor. Abarcan todos los temas, desde cine y literatura hasta política y economía. En un momento ella le pregunta sobre la noche pasada y él dice:

—Nunca antes me había despertado así de triste, y sentí un dolor en el pecho todo el día. Es raro, sentía que las imágenes eran reales, como recuerdos. En el sueño hablaba de este presente como si fuera el pasado, ¿entendés? Ahora que lo pienso, tal vez deba ver al psicólogo. Igual prefiero hablar con vos, los psicólogos son muy creídos.

Rubén acaricia con suavidad la mejilla de Analía y se recuestan sobre

el pasto; él se relaja y cierra los ojos.

Un dolor agudo lo despierta, y tiene el rostro cubierto de sangre y moretones. Mira a un costado y encuentra la silueta de su mujer cubierta con una sábana blanca; al ver como la suben a una ambulancia, una sádica tristeza se apodera de él: ya no volverá a verla, su vida está terminada. Mientras las luces titilantes lo encandilan susurra:

—Denme un calmante por favor.

Su rostro desecho se llena de lágrimas, y él tan sólo quisiera escapar, liberarse del sufrimiento.

Se despierta con el abrazo del frío: otra vez apagaron la calefacción central. Busca una frazada para cubrirse pero se da cuenta de que ya son las seis de la mañana. Al poner la radio anuncian la temperatura: menos cinco grados. Enciende la hornalla y calienta la pava para preparar café. Cuando el agua hierve coloca el café instantáneo, el azúcar y luego la leche. Después de ducharse se pone la camiseta que Analía le regaló en su primer aniversario. Para evitar la nostalgia lee las noticias en su celular. Vestido y desayunado, abre la puerta de su departamento, baja por las escaleras y sale a la calle donde lo envuelve una bruma invernal. Todavía está oscuro y tiene la impresión que desde hace años no ve el sol.

—¿Te acordás de nuestra primera sesión? Me preguntaste por qué quería hacer terapia y te dije que no sabía que esperar, que nunca había hecho terapia, pero que sentía que mi vida no avanzaba, que estaba estancado, atrapado en un existencia pegajosa sin sentido, donde todo se repite. Hoy volví a soñar con Ani: estábamos en el Parque Centenario, donde íbamos seguido, y yo le contaba algo que había pasado en el colegio. Me acuerdo la vez en que le conté sobre una pelea, y en el sueño la situación era igual, salvo porque yo había soñado que ella había muerto y que estaba en un futuro, a varios años de su muerte. Le comentaba que en “la pesadilla” yo creía que esa era la realidad y que nuestro presente era el sueño. Es loco ¿no? Cuando uno sueña cree que eso es la realidad; después soñé con el accidente: yo iba en una ambulancia y ella en otra. Y al despertar me amargó darme cuenta de que estoy acá, en este presente, y que lo otro es un delirio. No sé si te lo dije, pero en la internación me sentía tan mal que hasta contemplé la idea de suicidarme. Obvio que ni siquiera lo intenté, no tenía fuerzas… Por cierto, extraño mucho dar clases; después del ataque de pánico ya nadie quiso contratarme y lo único que me quedaba era el trabajo en la oficina. Eso me deprime.

Pasa la semana, y el sábado el aburrimiento arrastra a Rubén hacia la frivolidad del entretenimiento banal. Lee con desdén artículos publicados

en redes sociales y le llama la atención uno, cuyo título es *El significado de los sueños*. Su contenido es escueto pero le despierta curiosidad y comienza a buscar más artículos y videos sobre el tema; hasta lee ensayos académicos y cuentos de ficción. Antes de dormir decide colocar un cuaderno en su mesa de luz.

Los ojos de Rubén florecen y los rayos de sol le irritan las retinas: ya es mediodía. Por sugerencia de Analía buscan una nueva sombra bajo otro árbol. Él comenta:

—Volví a tener esa pesadilla, ese meta sueño fascinante: primero me trasladaban en una camilla, a vos te vi muerta y sentí que me moría de tristeza. Después desperté angustiado en ese departamento frío. Debes pensar que estoy loco…

Ella lo mira con ternura y Rubén sigue:

—Hubo algo curioso: investigaba sobre los sueños y todavía recuerdo lo que encontré. Tal vez lo haya leído en algún lado, o alguien me lo dijo y la información me quedó en el cerebro. También decidí escribir en un cuaderno lo que soñaba, es decir dentro del mismo sueño. Eso sí que es raro… ¿Vos no hacías eso en una época?

Al llegar la noche, antes de dormir, Rubén deja un cuaderno y una birome al costado de la cama. Sin que se dé cuenta pasa la semana y el cuaderno ya está lleno de inscripciones. “Está muy bueno este ejercicio; si apenas me despierto no anoto lo que soñé después se me olvida. Me encanta releerlo, ¿puedo leer el tuyo? Ah, cierto que lo habías perdido. Voy a pasar todo a la computadora y después me lo mando por mail para que no se pierda”. Se acuestan, y más tarde el sonido de una sirena lo despierta: la ambulancia va tan rápido que le provoca náuseas. Ve una aguja insertada en su brazo y entiende que lleva un cuello ortopédico.

El frío se siente una vez más porque otra vez desconectaron la calefacción. Al recuperar la consciencia se pone a escribir.

—Empecé un ejercicio muy conocido: dejo un cuaderno al costado la cama y cuando me despierto anoto lo que soñé. Es algo que me gusta. Soñé que seguía en el parque con mi mujer y que le hablaba sobre este presente como si fuera un sueño. Hasta llegué a contarle que había dejado un cuaderno al costado de la cama para anotar mis sueños. Entonces lo hice también en el sueño. Lo último que anoté fue que después del accidente me llevaban en ambulancia.

La semana termina pero Rubén sigue en el trabajo, no quiere irse, el calor de la calefacción lo relaja. En la calle un frío impiadoso. Al fin logra juntar valor para abandonar la oficina y volver a su departamento. El

regreso se siente solitario. Al llegar, abre una lata de atún y la come sin ganas. Sentado en el borde de la cama suspira y cierra los ojos.

El ruido de la ambulancia no lo deja dormir; los médicos le recitan palabras dulces para tranquilizarlo, pero el dolor, que se extiende por todo el cuerpo, lo aprisiona. Intenta focalizar la atención en otra cosa cuando de pronto siente una violenta frenada.

Con parpados entreabiertos Rubén alcanza a ver como Analía baja la persiana para dejar entrar la luz: ya es de mañana. Sin perder tiempo, él toma el cuaderno y escribe dos carillas para luego ir a ducharse. Al salir del baño, sentado a la mesa mira las tostadas con dulce y dice:

—El ciclo lectivo parece no terminar, ahora que me doy cuenta, se extendió casi un mes por culpa de los paros. Encima este calor. La primavera y el otoño cada vez duran menos por culpa del cambio climático". Analía pregunta sobre sus anotaciones y él dice: "Otra vez el accidente y el futuro en el departamento frío. Igual lo que escribo me gusta. Ya lo pasé a la nube para no perderlo". Más tarde Rubén sale del departamento y entra al ascensor, mientras desciende ve como los espejos enfrentados multiplican su imagen infinidad de veces. El día pasa rápido y la noche llega antes de lo esperado, ya está en casa y una vez más se dispone a dormir.

Entra muy perturbado al consultorio: necesita hablar.

—Esto te va a sonar muy loco; la otra noche me desperté y anoté todo antes ir al trabajo. Cuando volví leí lo escrito: en el sueño también llevaba un registro de lo que soñaba, lo había pasado en limpio y me lo había enviado por mail, así que no tuve mejor idea que buscarlo en la casilla de correos. Sabía que no lo iba a encontrar porque ese archivo no existe, pero igual lo busqué. Sentía que era algo absurdo… hasta que apareció ¿Entendés? El archivo con las anotaciones existe… Sí, ya sé, que es una locura. Tiene fecha de hace cuatro años, y yo no recuerdo haber hecho algo así. A ver… con Analía teníamos conversaciones esotéricas pero nunca llegué a soñar con un accidente o con una vida futura, y menos llevaba anotaciones de mis sueños. Ya sé lo que creés, que me olvidé de haberlo hecho. Eso pensé al principio, hasta que leí: *el otro día soñé que le contaba al psicólogo que en la computadora encontraba un archivo donde estaban las anotaciones que hago; él no me creía y yo me estresaba por eso.* ¿Ves? Ya sé: hay una explicación racional. Pude haberlo olvidado pero igual no importa. Esto prueba que hace años soñé con lo que ahora me pasa. Quizás fue una premonición. Me puse a leer sobre parapsicología. Sí, ya sé que parece una locura, ¿pero y si no lo es? Esto no lo inventé yo, el registro está

en la casilla y además no hay otras entradas. Estoy confundido, siento que todo pasa ahora y esa sensación se vuelve cada vez más real. Siento que el tiempo no existe, que todo pasa ahora, el pasado y el presente, ¿entendés?.

Abre los ojos, toma el cuaderno y anota en detalle. Escribe lo que recuerda. Su mujer se despierta y le pregunta si se siente bien.

En el hospital, los recuerdos de un colorido pasado se confunden con los de un futuro gris. Las imágenes le producen emociones imprecisas. Con las pocas fuerzas que le quedan toma y desarma la sonda que conecta su brazo con el suero. Coloca el orificio de la goma y sopla. Segundos después un intenso dolor le oprime el pecho, como si una mano le apretara el corazón. Su ritmo cardíaco se acelera y se retuerce sobre sí. Escucha una alarma y los gritos de una enfermera que llama a los médicos.



Ilustración: Pedro Bel

Abre los ojos. Su mujer todavía duerme. Tiene vagos recuerdos de una pesadilla, se levanta y camina hacia la ducha. Al salir, Analía lo espera con una expresión dulce y un buen desayuno. Tostadas y mermelada.

—Te amo, ¿sabés? Estoy feliz de estar con vos, ojalá toda la vida pueda consistir en momentos como este. Cuando me desperté sentí una tristeza horrible, y por eso ahora me siento así de feliz. Es como comer algo dulce después de haber tragado sal.

Al llegar al colegio se dirige al aula, y al entrar encuentra a dos alumnos en plena pelea. Algo de esta escena le resulta familiar, siente como si ya la hubiese vivido. Saca de su bolsillo una tarjeta amarilla. Por la noche le comenta a su mujer:

—Fue raro, cuando pasó sentí que ya lo había vivido.

Despierta cansado y abre la ventana de un cuadro otoñal. Analía ya se levantó y le dice que se apure, que van a llegar tarde. Rubén se viste rápido y baja junto a ella en el ascensor donde ve su reflejo multiplicado hasta el infinito. Cuando entran al auto, siente malestar y le parece que no debería subir. A la mitad del recorrido Rubén mira a su mujer que sonríe cuando de

repente escucha un chirrido y un golpe le sacude las entrañas.

Cubierto de sudor se levanta en la sala de espera. Las paredes del consultorio son grises y hay un cuadro con flores. La secretaria le peginta si se encuentra bien y él dice que sí. Al cabo de unos segundos el psicólogo le indica que puede pasar.

—Perdón, estoy un poco alterado, tuve una pesadilla, soñé con el accidente donde murió mi mujer y recién tuve un *déjà vu*. Disculpame, no respondí tu pregunta, la verdad es que no sé qué esperar: nunca hice terapia.

Adrián Des Champs es licenciado en economía de la Universidad de Buenos Aires. Realizó estudios en la Universidad Sorbonne Paris 1. Se define como apasionado por el cine y la literatura y viajero empedernido.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: LA PESTE (nº 290)

Muerte y resurrección

Adrián Des Champs

ARGENTINA

Cada transacción virtual, cada campaña ejecutada, cada conquista cibernética, en resumen, cada momento de su vida había sido en vano, la experiencia no servía de nada en el mundo real. Luciano no tenía chances de sobrevivir pero no lo sabía, y de hecho no sabía nada. Sólo podía contemplar el majestuoso interior del edificio, con paredes de mármol que volvían fresco un ambiente que se contraponía con calor asfixiante del exterior. Raúl dijo:



Ilustración: Pedro Bel

—Un museo, en eso la convirtieron. Antes era una biblioteca y la gente podía venir a leer cualquier día. Y aunque no lo creas, lo hacían. Después dejaron de venir y la cerraron. Una pena, era una de las más importantes, por eso la hicieron museo. Igual eso no cambió nada, no vino nadie. Durante décadas nadie visitó este lugar, y apenas si salen de sus casas. Ahora sí salen, pero porque los desconectaron por la fuerza, no saben qué hacer y el caos los consumió. Son como nenes, pero medio mogólicos…

Al escuchar esa palabra Luciano sintió vergüenza. Miró a Raúl con indignación y, paranoico como era, se fijó que no hubiese nadie cerca. Raúl lo notó:

—Sí, dije mogólico, pero no hay nadie que se pueda ofender. Y aunque hubiera alguien más ¿qué va a hacer? Estamos en el mundo real. Además, hay problemas más importantes, aunque también hay cosas hermosas, como el silencio y la libertad.

—¿A esto llamás libertad? Estás loco. Si no podemos hacer nada, ¿qué decís?

—Podés decir y hacer lo que quieras, ahora nada está prohibido. Que no sepas qué hacer es tu problema. Es loco, en una época todos usábamos Internet para ser anónimos, pero con el tiempo la vida real se volvió más anónima. Todavía ahora nadie sabe quién es quién, y por eso somos libres, ¿entendés?

Luciano se quedó en silencio. Pese a que tenía cuarenta, parecía un huérfano en busca de la protección de un padre. Raúl, con cabellos blancos y piel arrugada, era toda una figura paternal. Pertenencia a otra generación: a sus setenta y cinco años sólo quería disfrutar de los placeres mundanos el tiempo que le quedaba. Sabía bien que a esa edad uno ya no es dueño de su vida.

Raúl continuó, y aunque su voz evidenciaba fastidio estaba feliz.

—La segunda digitalización nos jodió a todos, dejó una camada de tarados funcionales. Mirate, ni leer sabés, un programa lo hizo por vos durante toda tu vida. Y ahora que todo se fue al carajo…

—Tengo hambre. Hay que encontrar distribuidores.

—No andan, ¿estás ciego o qué? No hay nada. Además, ya saquearon todo.

—Entonces tenemos que volver al Centro.

—¿Estás loco? Los infradotados que se juntan ahí son los más violentos. Acá estamos bien, no va a venir nadie. Después podemos ir a los bosques, ahí tiene que haber algún árbol frutal o algún animal. Sabés cazar ¿no?



Ilustración: Pedro Bel

Luciano estaba confundido. Raúl siguió:

—Qué vas a saber vos, si ahora que no estás conectado sos un inútil. Bueno me voy a leer un rato. Adentro hay sillones para dormir, vos hacé lo

que quieras…

Durante un momento Raúl sintió lástima por Luciano pero, ¿qué podía hacer? Ya había intentado a ayudar a otros como él pero sin éxito: eran disfuncionales con la realidad. Trató de ser suave:

—No te pongas mal, vi casos peores que el tuyo, pensá que están los que repiten comandos en voz alta esperando que por arte de magia el entorno responda a sus caprichos, no les entra en la cabeza que el mundo en el que nacieron terminó. Desde chicos vivieron en una proyección de datos, pero andá a explicárselos…

Al final el viejo decidió acceder al corazón de la biblioteca mientras Luciano se quedó en la entrada. Veinte minutos después Luciano salió del edificio y se largó a caminar sin rumbo. Sin darse cuenta llegó al centro de la ciudad donde uno de los violentos lo apuñaló en el estómago con un vidrio roto. Pese al dolor no entendía nada. Mientras Luciano moría, Raúl leía recostado en un sillón. Disfrutaba cada página como quien saborea un verdadero manjar. Sólo lamentaba no tener con quién compartir la experiencia.

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Chinchiya Arrakena, Carlos Eugenio Belisle, Pablo Contursi, Gustavo Courault, Carlos E. Ferro, Marcelo Huerta San Martín, Ricardo Manzanaro, Andrés Nieto Bugallo





Encuéntrenos en:

- Axxón:
    - Sitio principal: http://axxon.com.ar
    - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
    - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
    - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
    - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
    - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
    - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**